

Al observar los hechos del mundo se podría decir, parafraseando al poema de Marx, que un fantasma recorre el planeta, el fantasma del antiamericanismo. Y es que la hostilidad hacia Estados Unidos es hoy más profunda y amplia que en ningún otro momento en los últimos cincuenta años. Tal vez con la excepción de Israel y Gran Bretaña, ningún país tiene en el presente una mayoría pro americana. La ola de antiamericanismo es, claro está, parcialmente un efecto de las políticas de la administración Bush y de su particular estilo de gobierno. El caso es que la profundidad del rechazo da lugar a pensar que se trata de un fenómeno mayor que las acciones y las palabras del vaquero de Tejas. Recordemos que la noción de *hiperpoder* fue un término acuñado por el Ministro de Exteriores de Francia para describir al Estados Unidos de Bill Clinton, no al gobierno de George W. Bush.

La verdad es que hasta la llegada de la Guerra Fría el antiamericanismo era patrimonio exclusivo de los conservadores europeos. El «sueño americano» fue una promesa para muchas generaciones de europeos y en el imaginario colectivo de la izquierda estadounidense fue la tierra prometida durante un par de siglos. Sin embargo, todo parece indicar que el consenso trasatlántico se fracturó con el fin de la Guerra Fría. Hasta entonces, Estados Unidos se benefició de su separación geográfica de Europa y Asia porque parecía ser una amenaza menos próxima que los países vecinos de ambas áreas. Por el contrario, Europa y Japón se aliaron con Estados Unidos porque la Unión Soviética planteaba una mayor amenaza militar por su proximidad y sus aspiraciones globales de hacer la revolución.



¿Imperio o

Desaparecida la amenaza soviética en Europa, y sobre todo en la vieja Europa, las percepciones de riesgo también han cambiado. El viejo continente rechaza el paraguas protector del «Tío Sam» y la situación internacional marcada por la orientación unilateral del gobierno de Estados Unidos. Ese nuevo contexto y los argumentos que le sirven de apoyo, encuentran concreción en una abundante producción editorial y en el menú temático de los medios de comunicación. El libro del español Carlos Taibo, *Guerra entre Barbaries*, confirma ese cambio de corriente afectiva. La obra recoge —esa es la principal cualidad de la publicación— la clase de elementos de juicio que domina en la atmósfera política e intelectual del viejo continente.

La estrategia analítica de este catedrático español es inequívocamente antiamericana. Su tesis central es que Estados Unidos «ha encontrado un formidable mecanismo legitimador en los atentados del 11 de septiembre de 2001». Convertida la catástrofe por arte de birlibirloque en una suerte de estratagema, el razonamiento argumental queda atravesado por la representación antiamericana prevaleciente. Al sopesar los posibles cursos de acción, el autor revela: «Si consigue (EE.UU.) hacerse con Bin Laden, por ejemplo, obtendría una recompensa simbólica: la de castigar al presunto responsable (sic) de lo acaecido el 11 de septiembre de 2001. Si, por el contrario, Bin Laden escapa a las garras del imperio, ello será excusa suficiente para desplegar a capricho nuevas ofensivas en cualquier lugar del globo». Con esa línea de razonamiento es posible decir que Estados Unidos siempre es culpable de lo mismo y lo opuesto.

El empleo de la fuerza se manifiesta por doquier y (acota) se ignoran demandas refrendadas por el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas. Pero nada más descaminada la idea de esperar mucho de la ONU. Al final del 2004, es verdad, más cascos azules estuvieron probablemente en acción que en cualquier otro período de su historia. Esas pesadas responsabilidades, sin embargo, descansan sobre los hombros de una organización que los gobiernos nacionales han debilitado ex profeso. Pese a sus sesenta años de existencia, la mayoría de aquellos que podrían cambiar la organización no tienen interés en promover las reformas. Ninguno de los miembros permanentes del Consejo de Seguridad quiere renunciar al poder de veto, no obstante que

retracción civilizatoria?

Alfredo Angulo Rivas*

esa membresía permanente es un anacronismo. Los cinco miembros en una época hablaron por el 40% de la población mundial; en el presente, apenas representan 29%. No es anecdótico recordar que la más grande democracia del mundo, la India, está excluida. Irónicamente se ha dicho que la ONU es, en muchos sentidos, solamente un edificio.

Pues claro que el espacio de las libertades personales y colectivas se ha restringido por efecto del 11 de septiembre del 2001. Sin embargo, criticar el reforzamiento de la lógica del Estado (y «la canonización de sus acciones terroristas»), sin guardar distancia respecto a la violencia privada de elusivos agentes sin rostro, trasunta la dudosa distinción moral entre terrorismo malo y terrorismo bueno. Camina el autor por el filo de la navaja al observar cómo el nuevo magma internacional presiona sobre la resistencia guerrillera en Colombia, así como «la estrategia conducente a confundir guerrilla y narcotráfico». Prueba de honestidad intelectual habría sido manifestar que todos los grupos armados colombianos imponen (y así lo admiten) un gravamen a los beneficios de los campesinos y traficantes que operan en sus dominios. El punto, no obstante, sirve para introducirnos en otro asunto capital.

La crisis de la guerra

Lo esencial a retener es que presenciamos la radical transformación de uno de los atributos del Estado-nación moderno: la guerra. En las nuevas guerras («guerra postmoderna» la llaman algunos), participan grupos armados no regulares; no se distingue entre población civil y militar y, en la práctica, la población civil también es un objetivo militar; se hace uso del terror indiscriminado contra poblaciones indefensas; no se reconoce la neutralidad ni las leyes de alto al fuego; el financiamiento de sus actividades tiene muchas veces origen criminal y determinados actos violentos captan la atención de las cadenas de televisión mundiales, cuya exposición nos hace olvidar una atrocidad por otra.

La amplia mayoría de los conflictos violentos contemporáneos son luchas intraestatales; ese es el meollo del asunto. El fenómeno encuentra explicación en la presencia de ejércitos particulares

dirigidos por señores de la guerra que combaten por su cuenta y en busca de beneficios privados. Estamos dejando atrás (asienta la literatura especializada) la época en que el Estado, en correspondencia con los argumentos de Weber, reclamaba para sí con éxito el monopolio de la coacción física dentro de su propio territorio. La seguridad estatal no es garantía de seguridad general y, antes bien, las áreas de vulnerabilidad se han incrementado por organizaciones criminales que traspasan las fronteras nacionales, con capacidad de adaptarse al cambio tecnológico en la información, en el lavado de las finanzas, en el tráfico de personas, órganos vitales, narcóticos y armas.

Siempre se ha dicho que una buena pregunta es la mitad de una investigación ¿Qué pasaría, pregunta el historiador Niall Ferguson, si en lugar de un balance de poder haya una ausencia de poder? Ese tipo de interrogante habla del movimiento de las ideas en Estados Unidos. Pero desgraciadamente una situación de vacío de poder no es desconocida en la historia. La «apolaridad» puede derivar hacia un mundo anárquico de Nueva Edad Oscura: una era de imperios pálidos y fanatismos religiosos; de saqueos endémicos y pillaje en regiones olvidadas del mundo; de estancamiento e inflación económica; del retiro de la civilización a algunos enclaves fortificados. Su crítica a las limitaciones estructurales de Estados Unidos, un análisis que muestra los pies de barro del coloso, mal puede ser visto como un intento por justificar al imperio. Esta es la nuez de su tesis: si Estados Unidos se retira de su hegemonía global, sus críticos no pretenderán que arregle una nueva era de armonía multipolar o de retorno al buen viejo balance de poder.

No es descabellado pensar que unas fuerzas más peligrosas que los grandes poderes rivales se beneficiarían de este nuevo desorden mundial. La realidad de Irak, donde los rebeldes han creado un reino de terror en todo el país, parece darle alas al argumento. Pero ojalá que ese historiador se equivoque en sus predicciones.

*Profesor Titular ULA. Doctor en Historia
E-mail: anguloa@ula.ve